

LIBROS

P. GUICHOU, *L'Évangile de Saint Jean*. Par la foi a la vie en Jésus. Lethielleux, Paris 1962, 320 p., 22 cm.

El evangelio de S. Juan ha vuelto a ponerse de moda, en nuestros días, entre los estudiosos. Se cuentan por docenas los estudios técnicos sobre el mismo. No son tan frecuentes, sin embargo, los comentarios completos que aprovechen esos estudios para facilitar al pueblo cristiano el acceso al cuarto evangelio, culmen del Evangelio y difícil, por lo mismo, de comprender.

P. Guichou ha escrito su comentario pensando en el gran público para ayudar al cristiano medio a «gustar las riquezas del cuarto evangelio» (p. 7), por lo que, acertadamente, ha prescindido de todo aparato técnico, lo que no impide que su libro se apoye provechosamente aun en los estudios más recientes.

Al texto del evangelio, del que el autor nos da una traducción propia, preceden breves, sustanciosas introducciones que sitúan el trozo evangélico en su trasfondo veterotestamentario, en su conexión con el resto del evangelio y, sobre todo, en el clima espiritual del propio evangelista.

El comentario es generalmente breve, sin disquisiciones exegéticas complicadas, fácil, sin grandes pretensiones, pero lleno de unción.

Con gran esmero ha notado el autor en su comentario el aspecto de «signo» que S. Juan recalca en los milagros de Jesús, así como el alcance simbólico que atraviesa el cuarto evangelio. Hay que señalar, sin embargo, que, en ocasiones, este simbolismo es llevado demasiado lejos (difícilmente podrá probarse, por ejemplo, que los cinco pórticos de la piscina de Siloé simbolizan los cinco libros del Pentateuco, o que los samaritanos que creen en Jesús son símbolo de Samaría, la esposa infiel que se reintegra al Israel verdadero). El alegorismo sigue siendo escollo al escribir para el lector profano.

Para S. Juan la fe es un caminar, un ir a Jesús, una decisión de seguirle abandonando el propio terreno, las propias posiciones. P. Guichou ha logrado presentar brillantemente esta concepción joánica de la fe, aunque expresamente no haya notado que S. Juan nunca usa el sustantivo «fe» sino siempre el verbo «creer» o varios verbos sinónimos, lo cual es significativo para entender esa concepción dinámica de la fe. Asimismo ha sabido poner de relieve el comentarista la intervención de S. Juan de poner al lector ante la persona de Jesús para obligarse a tomar una decisión personal ante él, para llevarle a pronunciar el «Señor mío y Dios mío» de Tomás, cima y síntesis del cuarto evangelio.

En demasiadas ocasiones busca rellenar el cuadro joánico de la vida de Jesús con el que presentan los sinópticos, lo que ofrece resabiós de concordismo. Al contrario, el autor podría y debería haber insistido más clara y ampliamente, en las introducciones, por ejemplo, en la estructura en la concepción teológica propia del evangelio de S. Juan. Aventurados y discutibles son ciertos intentos de situar expresiones o perícopas del Evangelio en un

contexto histórico primitivo, como la oración sacerdotal que supone pronunciada por Jesús el día de Pascua, durante la aparición a los discípulos.

En resumen hay que decir, que a pesar de ciertas opiniones y defectos de su libro, P. Guichou ha sabido darnos un comentario sencillo, que se lee con gusto y que contribuirá sin duda a que muchos lectores lleguen «por la fe a la vida en Jesús», como reza el subtítulo de la obra, es decir, a sintonizar en el espíritu con el autor del cuarto evangelio.

Luis Rubio.

A. ORBE, S. J., *Carta de S. Pablo a los Romanos*. Consideraciones primeras (Rom. 1-4). El Mensajero del Corazón de Jesús, Bilbao 1963, 573 p., 21 cm.

A quien ha vivido el entusiasmo del P. Orbe al exponer las profundidades de las concepciones patrísticas sobre la generación del Verbo, por ejemplo, o ha hojeado sus 5 apretados volúmenes de Estudios Valentinianos, no deja de sorprenderle el título de esta obra. Ya el mismo P. Orbe sale al paso de esta sorpresa pidiendo la benevolencia del lector porque, dice, «me introduce en campo difícil y que no va derechamente con mis estudios» (p. 5). Pero se justifica su audacia ya que el libro no es un comentario a la difícil carta de S. Pablo, sino consideraciones o meditaciones, y «unas meditaciones no son lecciones de crítica ni de análisis» (p. 6), por lo que con razón puede decir el autor que «en pura ciencia no tengo excusa», «sí la tengo en piedad, y muy buena» (p. 5).

Son, pues, meditaciones, o más bien, reflexiones sugeridas por la lectura del texto del apóstol, que el P. Orbe sigue versículo a versículo, dedicando a veces dos o más series de reflexiones a uno de ellos, dada la densidad teológica y vital de las expresiones de la Carta. En este volumen el autor se limita a los cuatro primeros capítulos, lo cual debería haberse hecho constar en la portada del libro, así como su carácter de «reflexiones», con lo que el P. Orbe no hubiera necesitado expresar sus excusas.

El libro no es fácil de leer. El P. Orbe deja huellas de profundidad por donde pasa. Estilo cortado el suyo, denso, no hecho para halagar la sensibilidad del lector, de corte agustiniano, lleno de antítesis, de sugerencias. A quien tenga costumbre de leer de prisa —rápido y mal— no le recomiendo este libro. Quien sepa pararse, quien goce en profundidades, leyendo al Padre Orbe tendrá su gozo completo.

De un libro de reflexiones no cabe crítica. Otro hubiera escrito reflexiones distintas. Estas son las del P. Orbe, y como él advierte, en un determinado momento. Al editor podría pedírsele un pequeño índice, siquiera de las partes que el autor distingue en la Carta. Ayudaría al lector a buscar más rápido el versículo que le interesa.

Del libro del P. Orbe se podría decir lo que él afirma de S. Pablo: «está escrito con alma» (p. 41). Y para el lector de su libro vale la advertencia que él hace sobre quien lee a S. Pablo: «cada cual lleva de la fuente lo que el cántaro sufre...» (p. 15). Al cántaro toca medir su capacidad y en la medida de lo posible, aumentarla. Mi deseo es que los lectores del Padre Orbe se lleven toda el agua de la fuente.

Luis Rubio.